

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios dice: Yo estaré contigo
(10 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Dios dice: Yo estaré contigo (10 días)

Día 1

Éx. 3:1 - 4:17; 33:14

“Mi presencia irá contigo”. Esa promesa recibió Moisés de Dios cuando en una situación muy dramática no había un camino para guiar e introducir al pueblo a la tierra prometida. Ya cuando Dios llamó a Moisés, él no se sentía capaz para la tarea de librar a Israel de la esclavitud. Sentía que esto era demasiado grande para él. Por eso preguntaba: “¿Quién soy yo? Un pastor desconocido. El faraón se burlará de mí y me avergonzará y me quitará de su presencia.

Dios escuchó las excusas de Moisés. Le dejó hablar y contestó sus dudas con la promesa: “Yo estaré contigo, yo te enseñaré”. Sin embargo la discusión entre Moisés y Dios siguió aun. Moisés no se sentía capaz de ser líder del pueblo. Él presentía que ellos no le creerían y con su poca retórica no los podría convencer en situaciones difíciles. Él se daba cuenta que sufriría resistencia masiva.

Los argumentos en contra de la comisión de Dios se levantaron como un muro imposible de pasar. Finalmente Moisés dijo a Dios según sus sentimientos y pensamientos acalorados e inquietos: “¡Envía, te ruego, por medio del que debes enviar!”

Por favor, querido Dios, no me lo tomes a mal, envía a otro. Pero Dios exhorta a Moisés a confiar en Él, a pesar de sus dudas. Por mandato de Dios tiene que ir a hablar con el faraón. Moisés no recibe otra seguridad mas que la promesa de Dios, que Él iba con él. Aquel que se le presentó como el “Yo soy el que soy” le acompañará, pase lo que pase. Moisés, ánimo a ir conmigo por el camino de la fe y cumplir mi tarea. Mis promesas las cumpliré. (Lea Sal. 33:4; 37:5.)

Día 2

Éx. 13:17 - 14:31

¿Se habrá arrepentido Moisés de haber confiado en la guía de Dios? El camino no era fácil y en algunas situaciones muy exigente, pero Dios, quien se le había revelado como “Yo soy el que soy”, cumplió Su promesa: “Yo estaré contigo”. Él iba delante de Moisés y delante del pueblo. Durante el día se podían orientar por la presencia de la columna de nube y en la noche la columna de fuego alumbraba su camino.

Y cuando había un inminente peligro por los egipcios, “el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos ... e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquéllos, y alumbraba a Israel de noche; y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros” (Éx. 14:19.20; lea Nm. 10:34-36).

En el camino de discipulado, la presencia de Dios nos es segura. “Yo estaré contigo”. Con eso Dios nos prometió: En ningún momento debes ir por tu camino sin mí, sea empinado o hubiera mucho calor, o si te lleva por el valle oscuro, yo estoy ahí. No debes pasar ni una dificultad sin mí. Ningún faraón puede obstruir mis planes. Ningún “Mar Rojo” es demasiado profundo que no te pueda hacerlo pasar. No debes ir ni un metro de tu jornada por el desierto sin mi presencia. “He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20; comp. Sal. 78:52.53).

El compositor de canciones y poeta John B. Dykes, mirando retrospectivamente su vida, escribió lo siguiente: “Tú ibas conmigo, si miro hacia atrás, tú vas conmigo, eso es mi felicidad. Yo estuve y estoy en tus manos y nunca se terminará tu amor; tú me dices también ahora: ‘No temas nada, mi presencia va contigo’”.

Día 3

Dt. 31:7.8.23; Jos. 1:1-9

Josué tenía el privilegio por muchos años de ser el colaborador de Moisés. Él ejecutaba o llevaba a cabo las tareas que Moisés le encargó. Llegó el día memorable cuando Moisés anunció al pueblo el cambio de liderazgo y presentó a Josué como su sucesor. En este día Moisés, junto con la nueva tarea también le dijo las palabras de ánimo: “Esfuézate y anímate, pues tú introducirás a los hijos de Israel a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará; no temas ni te intimides”. Las mismas palabras recibió Josué de Dios en su introducción (Jos. 1:9).

“Si Dios vuelve a recordar Su promesa en cierto momento en la vida de Josué o del pueblo de Israel y ata cabos, se ve claramente: ¡Dios cumple Su palabra! Él no quita nada de lo que dijo. Más aun, Él la confirma expresamente en una situación muy peligrosa y riesgosa” (K. J. Diehl).

Así que a nosotros se nos pregunta de igual manera que a Josué, si los obstáculos, resistencias, la propia incapacidad o falla, que nos impiden muchas veces a seguir adelante, tengan más peso que la promesa de Dios: “Yo estaré contigo”.

¡Animémonos y confiemos en las promesas de Dios, para aceptar las exigencias y desafíos que tenemos por delante! Es importante no seguir a los temores y preocupaciones por el futuro, sino ¡decidámonos a confiar en la Palabra de Dios! Pase lo que pase, Dios nos ha prometido no dejarnos solos: “Jehová tu Dios, estará contigo, no te dejará”. (Lea Sal. 91:4; Gn. 39:21; 1.S. 3:19.)

Día 4

Jos. 1:1-9; 3:1-17

“¡Esfuérzate y sé valiente!” Tres veces Dios repite estas palabras en el corto párrafo de Jos. 1. Él sabe que Josué necesita tales demandas alentadoras. Repetidas veces Dios expresa también la promesa: “Yo estaré contigo dondequiera que vayas”.

Es interesante que ya en el nombre de “Josué” está basada la promesa: “Dios el Señor salva; el Señor ayuda”. Josué, un hombre común, de cuya biografía no conocemos mucho, solamente el nombre de su padre, fue elegido por Dios con ese nombre para la salvación de todo el pueblo. “El Señor ayuda, el Señor salva”.

Así experimentaron Josué y el pueblo el paso por las correntadas del Jordán. Seguramente se acordaron del milagro del Mar Rojo. “Yo estaré con vosotros”. Esa promesa de Dios les daba valentía a conquistar la tierra desconocida, sabiendo que no serían bien recibidos. La promesa de Dios: “Yo estaré contigo adondequiera que vayas”, ayudó a Josué y al pueblo a animarse a dar pasos hacia adelante aún en situaciones difíciles. Si se hubieran quedado parados a la orilla del Jordán, hubieran visto la tierra prometida solamente de lejos.

“La historia de Dios con su pueblo hubiera quedado en una de muchos episodios del oriente cercano. Pero la perspectiva de Dios alcanzaba mucho más allá que la conquista” (B. Schaber-Laudien).

Siglos más tarde encontramos a Juan el Bautista en el Jordán. Él exhortaba a las personas a arrepentirse y volver a Dios. Él anunciaba un nuevo tiempo y señala hacia aquel que venía después de él. Su nombre hebreo es Josué. La forma neotestamentaria de ese nombre la conocemos más: Jesús. Como Josué llevaba al pueblo de Israel a la nueva tierra, así Jesús prepara para nosotros el camino a Su reino eterno. Él nos lo prometió en Jn. 14:1-3.

Día 5

Gn. 31:3-18; Is. 54:7.8.10

Jacob había servido a Labán por muchos años. Pero ahora Dios le dio un claro mandato: “Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela y yo estaré contigo. Envió, pues Jacob, y llamó a Raquel y a Lea al campo donde estaban sus ovejas. Entonces se levantó Jacob ... para volverse a Isaac su padre en la tierra de Canaán”. Jacob reaccionó enseguida al mandato de Dios. Él se mantenía en todos estos años como uno que esperaba y quería escuchar la voz de Dios. Nunca se olvidó que Dios le había dicho: “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (Gn. 28:13-15).

Jacob sabía muy bien lo que le esperaba en ese camino de obediencia: Labán de seguro le iba a seguir y pensando en su hermano Esaú y el encuentro con él le daba mucho temor. Al mismo tiempo Jacob sabía que la vocación de Dios para su vida se cumpliría solamente si él ahora obedecía a la voz de Dios.

“Yo estaré contigo”. Esa promesa de Dios aún valía. En el punto más crítico de su viaje le enfrentó el ángel de Dios. En el camino hacia su hermano Esaú luchó Dios mismo con él, para hacer de Jacob un Israel, un “luchador de Dios” (Gn. 32:1.2.11 – 33:16).

En la vida muy movida de Jacob habían también situaciones muy amargas que describe así: “Contra mí son todas estas cosas” (Gn. 42:36). Sin embargo retrospectivamente testifica: “El Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día, el Ángel que me liberta de todo mal” (Gn. 48:15).

Día 6

Jue. 6:11-24; 7:9-25

Gedeón estaba ocupado sacudiendo el trigo en un lugar inusual, en el lagar. Sus pensamientos daban vueltas alrededor de la situación miserable de su pueblo y de los milagros que Dios había obrado en tiempos anteriores. No lograba unir esas dos realidades, ya que ellos vivían en continuo temor por la opresión de los madianitas. En esa situación crítica recibe de Dios la comisión: “¡Ve con esta tu fuerza y salvarás a Israel de la mano de los madianitas! ¿No te envío yo?”

Gedeón estaba bien consciente de su origen. Su familia era la más pequeña, él era el más joven. Ellos prácticamente no tenían influencia. Por esa posición Gedeón se dirigió a Dios preguntándole: “Ah, Señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel?” Entonces escuchaba la promesa que estaba unida a su llamado: “Ve con esta tu fuerza ... Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre”.

Quizás a nosotros la situación nos parece justo ahora turbia y peligrosa, como le pasó a Gedeón: sin fuerzas, sin salida, sin visión. Esto no debe impedirnos a contar con las promesas de Dios y exponer con ánimo nuestras dificultades delante de Él. (Lea He. 4:15.16; Sal. 27:8; 140:7.8.13.) No tenemos que achicarnos desanimados delante de las dificultades. Aunque las olas quieran sobrepasarnos, la promesa de nuestro Dios vale: “Yo estaré contigo”.

En el Nuevo Testamento encontramos una historia donde literalmente se trataba de tormenta y grandes olas. Jesús preguntaba a sus discípulos: “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?” Después Él se levantó, reprendió a los vientos y al mar, entonces se aquietó completamente” (Mt. 8:23-26).

“Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas” (Sal. 93:4). El conocimiento de Su presencia otorga paz.

Día 7

Jer. 1:3-10; 2.P. 1:3.4

“¡No temas, porque contigo estoy ...!” Esa promesa le dio Dios al profeta Jeremías junto con su llamado. Siendo hijo de un sacerdote creció en la pequeña ciudad Anatot, situada más o menos a 7 km al norte de Jerusalén. Sus años de ministerio se extendieron por cuatro décadas, de los años 626 a 586 a.Cr. En ese tiempo reinaron cinco reyes, a tres se los menciona en Jer. 1:2.3, dos otros que reinaron solo por poco tiempo no se los nombra aquí.

Este cambio de los regentes ya señala cuán exigente y conmovido era el ministerio de Jeremías. Abarca desde la restauración y reforma del templo bajo el rey Josías hasta la destrucción del templo en 586 a.Cr. Este tiempo encierra la situación inestable, pues Judá era como pelota de juego entre los imperios de Babilonia y Egipto. Además se juntaba el entrelazamiento de Israel y Judá con la historia política mundial. Como consecuencia vemos la adaptación de la fe en Yahveh con la idolatría de los otros pueblos. Por lo general el pueblo vencido aceptó la fe o los ídolos de los conquistadores.

La tarea de Jeremías era hacer recordar al pueblo de Israel una y otra vez el pacto de Dios con su pueblo. En eso él trasmite las palabras de Dios en forma muy empática, no con falta de sentimientos. Las palabras que según Dios debían tocar el corazón del pueblo de Judá, las tomó sobre su propio corazón. Jeremías es el profeta sufriente entre todos sus compañeros. Lo echaron en una cisterna y contra su voluntad fue exiliado a Egipto. Allí se pierde su huella después de la conquista de Jerusalén en 586 a.Cr.

Acerca de la vida de Jeremías se podría decir: “El que se compromete, se expone a cualquier cosa”. Pero Jeremías se amarra a pesar de muchos ataques y resistencias a la promesa de Dios: “Yo estaré contigo”. (Lea Sal. 23:4; 16:8.)

Día 8

Jer. 1:3-10; 20:11

Jeremías probablemente percibía ya en su llamamiento algo de los turbulentos cambios de su tiempo. Muy asustado reacciona contradiciendo a la tarea del Señor: “¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí no sé hablar, porque soy niño”. Pero Dios le exhortó: Jeremías, no te mires, ni a tus dones, tu conocimiento, o tu incapacidad que sientes acerca de tus dones retóricos. “No digas: Soy un niño ... No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte”. (Comp. Dt. 31:3-6.)

Dios mismo era aquel que apoyaba a Jeremías, tanto en su llamado como en su realización. Esto le dió ánimo y valentía a Jeremías a llamar a la gente al arrepentimiento y a dejar sus ídolos. Sin negociar Jeremías amonestaba la hipocresía y las injusticias en su pueblo. Dios lo había comisionado. Él le prometió poner Sus palabras en su boca. (Comp. Dt. 18:18).

¿Acaso no nos miramos muchas veces a nosotros mismos y perdemos la mirada hacia nuestro gran Dios y Sus intrucciones? ¿Cuál tarea y cuáles dones ha puesto Dios en nuestra vida? Es importante descubrirlos y desarrollarlos. Quizás ya hace tiempo alguien espera que le escuchemos, que compartamos sus cargas, que le demos tiempo para que pueda hablar de sus experiencias.

¿Quién ora por los maestros y los alumnos en las escuelas, por los responsables en la política y en la iglesia, en la economía y en la sociedad? ¿Qué tarea le encomendó Dios a usted y que no es para ningún otro? ¿Acaso Dios espera su “sí” al llamado? No se retenga pensando en sus límites, sino cuente con las posibilidades de Dios. Su promesa vale: “Yo estaré contigo” (Lea Gn. 15:1; Ro. 8:31; Sal. 62:5-7; 2.Ts. 2:16.17.)

Día 9

Is. 41:10; 43:1-5a

En su tiempo Isaías también dependía de la promesa de Dios: “No temas, porque yo estoy contigo”. Más o menos por el año 770 a.Cr. nació Isaías, hijo de Amoz y en el año de la muerte del rey Uzías (739 a.Cr.) fue llamado profeta (Is. 6:1-8). Como también Jeremías vivía él en un período importante de grandes transformaciones en los pueblos alrededor. Varios reyes gobernaron en el territorio del sur de Judá (cap. 1:1).

Jerusalén fue sitiada en el año 735 por el rey Rezin de Damasco y en 701 por el rey de Asiria Senaquerib. El reino del norte de Israel fue derribado en el año 722 junto con la destrucción de Samaria. En todos estos años Isaías exhortaba al pueblo y a los reyes a no confiar en la ayuda de Egipto (Is. 30:7). Para ellos existía otro camino, Isaías lo describe según el mandato de Dios como sigue: “En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Is. 30:15).

En los capítulos 41:1 al 44:28 Dios siete veces anima a su pueblo con las palabras: “¡No temas!”, o “¡no os amedrentéis!” (Is. 41:10.13.14; 43:1.5; 44:2.8.)

Un pequeño remanente del pueblo se enfrentaba al desafío de un largo camino de regreso desde el exilio y la difícil tarea de reconstruir el país. En eso habían muchas razones de atemorizarse, pero también razones para seguir confiadamente el camino señalado. La promesa de Dios estaba firme: “Yo estaré con vosotros”.

Dios mismo comisionó a un emperador, llamado Ciro, rey de Persia, a conquistar a otros pueblos por amor a Israel. Dios es mayor que todos los pueblos y sus gobernantes. En la vida de Isaías vemos “como él con dignidad y serenidad pasa sin temor por el caos de su tiempo, fuerte en su fe sencilla y seguro en su Dios” (E. M. Blaiklock). “¡Yo estaré contigo!”, una promesa de Dios que vale aun hoy.

Día 10

Hch. 18:9.10; Is. 41:13

“El Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal”. Pablo era un misionero valeroso y decidido a alcanzar la meta. Sin embargo parece ser que habían épocas en su vida en las que tuvo que lidiar con temores y dudas. El apóstol tan importante que escribió más de la mitad del Nuevo Testamento experimentaba una y otra vez tiempos de profundo desaliento, incluso ataques de Satanás. Una vez dijo abiertamente: “ ... aun perdimos la esperanza de conservar la vida” (2.Co. 1:8; lea 2.C. 6:1-10; 11:23-33).

En otra ocasión describe que un ángel de Satanás le daba puñetazos. Pero justamente ese momento profundo en su vida le dio un conocimiento básico que la gracia de Dios es suficiente sea cual fuere la situación de la vida (2.Co. 12:7-10). La nueva realidad: “Yo en Cristo y Cristo en mí” era su fuerza para poder sobreponerse. Él incluso en la cárcel pudo cantar alabanzas. (Lea Hch. 16:23-34.)

Aun desde su celda de prisión en Roma, Pablo exhortaba a la iglesia en Filipo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! ... El Señor está cerca” (Fil. 4:4; lea también los v.5-7).

También para nosotros vale: “No temas de lo que está por delante, de las situaciones diferentes de la vida, de cambios, de exigencias, de aquello que se levanta como una montaña delante tuyo. No debes temer, porque yo voy contigo, dice Dios. Es la Palabra de Dios que me hace vivir, no cualquiera de las seguridades humanas” (V. Gäckle). En la promesa de Dios podemos confiar cien por ciento: “Yo estoy contigo” (Lea Hch. 23:11; 27:23-25.)